

Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX

Lilia Ana Bertoni

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires

2001, 319 páginas

El libro de la historiadora Lilia Ana Bertoni es producto de una tesis doctoral presentada en 1998. Sin embargo, avances de su investigación ya fueron dados a conocer en diferentes jornadas y publicadas en revistas especializadas. En este libro analiza de manera concreta el proceso de construcción de la nacionalidad en la sociedad argentina desde 1880 hasta el fin de siglo.

La autora considera que durante este período, la llegada al país de la inmigración masiva y el inicio en Europa de una nueva etapa de construcción de las naciones y las nacionalidades –en un clima de expansión colonial imperialista– generó un amplio movimiento donde se evidenció una preocupación por dar solución a los problemas por los que atravesaba el país. El mismo se encontraba, como señala Bertoni, “en medio de un proceso inconcluso de formación de la nación, entendido también en el sentido de constitución de una sociedad nacional” (p. 11).

El planteo de esta producción historiográfica es interesante porque los problemas que aborda “están prácticamente ausentes en la mayoría de los trabajos referidos al período” (p. 9), aunque también es cierto que se ha debatido acerca de la relación entre población inmigrante y nacionalidad. Y todos coinciden en señalar una misma cuestión: el rechazo o la aceptación del inmigrante por parte de la sociedad local. Estos abordajes no han hecho más que brindar un análisis parcial de un mismo proceso.

A través de un minucioso tratamiento de la relación entre Estado-política-vida de la gente, así como los sentimientos de pertenencia y patriotismo entre los cuales cobra forma la nacionalidad, Bertoni se propone atender no solo a los vínculos formales sino también a las tradiciones culturales, los deseos, emociones y sentimientos.

Sobre la base de un importante corpus documental, centra su atención en los discursos elaborados por los grupos dirigentes y en aquellos otros formulados en medio de los debates parlamentarios, lo que le permite abordar una diversidad de temas. El libro está estructurado en dos partes, cada una de las cuales contiene cuatro capítulos –subdivididos en una serie de ítem– que junto a la introducción y al epílogo describen cuáles fueron las estrategias políticas y discursivas movilizadas en torno de la cuestión de la nacionalidad.

En el capítulo 1 de la primera parte, llamada “La nacionalidad en marcha”, analiza la preocupación que suscitó entre los grupos dirigentes la cuestión de la nacionalidad a partir de la década del ochenta. La autora explicita que si bien no era un tema reciente en aquel momento, esta cuestión adquirió una complejidad totalmente nueva. A partir de los debates desencadenados en torno al sentimiento contradictorio que provocaba la llegada de los inmigrantes a una sociedad en formación, visualiza cómo la disgregación de la sociedad era una posibilidad cierta, en tanto existía un fuerte componente extranjero que amenazaba con destruir la identidad cultural y nacional. Asimismo, plantea que los problemas derivados “[...] de la orientación de la política exterior de las naciones

europeas [...] podían llegar a amenazar el reconocimiento internacional de la Argentina como Estado independiente y plenamente soberano” (p. 24).

Además, describe las medidas y disposiciones puestas en marcha para solucionar tales dificultades, aunque era evidente la debilidad de los rasgos que configuraban la nacionalidad. Paralelamente al discurso oficial, entusiasta sobre el futuro que le repararía al país si continuaba con la política tendiente a fomentar la inmigración, fue creciendo en la opinión pública la preocupación por la cuestión nacional. Intervino un amplio grupo, desde miembros de la elite social y económica, políticos, instituciones oficiales y clubes hasta oficiales del ejército y asociaciones de maestros, entre otros.

En los capítulos 2 y 3 indaga sobre el papel que se le atribuyó a la escuela en la formación de la nacionalidad. Considera que en un principio “la orientación nacional no era un tema problemático en las escuelas, que tenían otras cuestiones más urgentes que resolver [...]” (p. 43). Pero a partir de una nueva dirección en el CNE (Órgano Oficial de Educación) y acompañado por un cambio de actitud en la preocupación por la nacionalidad y la manifestación del entusiasmo patriótico, la escuela asumió una postura diferente a la sostenida hasta el momento. Señala cada una de las disposiciones que desde el CNE se tomaron con el fin de dar a la educación un claro perfil nacional, sin dejar de considerar las marchas y contramarchas por las que debió transitar el Sistema Educativo. Para argumentar cómo el Estado logró afirmar su predominio sobre las instituciones escolares, sostiene que “la importancia atribuida a las escuelas en la formación de la nacionalidad [...] terminó por marcar un límite a la autonomía de las actividades culturales de los extranjeros” (p. 67). Finalmente plantea la idea de nacionalidad “[...] fue definiéndose en términos de singularidad cultural, arrastró tras de sí otra definición de la sociedad nacional, caracterizada por la diferencia y la exclusión de lo distinto” (p. 77).

Al analizar la falta de animación y entusiasmo popular que se percibían en las fiestas patrias hacia fines de la década de 1880, y el crecimiento que cobraron las celebraciones realizadas por los diferentes grupos migratorios, Bertoni encuentra la clave para explicar los esfuerzos hechos para revitalizar las fiestas públicas oficiales. En este sentido, recalca la necesidad que existió de inventar, desarrollar prácticas, símbolos, contenidos nacionales y apelar al pasado para legitimar la identidad; en un momento crítico estos elementos sirvieron para construir y conservar la nacionalidad argentina.

En el capítulo 4 analiza el problema que generó la naturalización de los extranjeros. Advierte que hacia fines de 1880 los proyectos legislativos para impulsar y estimular la naturalización fracasaron, a pesar de las amplias libertades y garantías que otorgaban la Constitución y la ley de ciudadanía. Disiente con aquellos autores que plantean el desinterés que mostraron los inmigrantes por la política; sostiene, por el contrario, que muchos de ellos participaron en la vida política a través de canales informales donde la población intervino de manera efectiva. Asimismo, observa que la campaña en pro de la naturalización ‘escondía’ el temor de los dirigentes a que se hiciera realidad la amenaza de la desaparición de la identidad “bajo la forma del cosmopolitismo: una sociedad nacional laxa, que aceptaba la existencia de varios idiomas y de múltiples tradiciones culturales, donde se rendía culto a todos los héroes y a todas las patrias [...]” (p. 123). En esta situación se gestó la defensa de una concepción defensiva y exclusivista de la nacionalidad.

En la segunda parte del libro, titulada “¿Cuál nación?”, se plantea el cambio de actitud que se produjo a partir de 1890 y que se manifestó en un nuevo clima de ideas. Los hechos que acompañaron ese año –crisis económica, revolución política, la formación de un frente opositor y un nuevo protagonismo de los extranjeros– contribuyeron a generar un balance crítico y a disminuir el optimismo que hasta entonces existía.

En el capítulo 5 se analiza la emergencia a partir de 1890 de un nuevo clima de ideas en el que se evidencia la pérdida de confianza y el cuestionamiento sobre el camino emprendido. En función de esto, surgió entre los contemporáneos la necesidad de buscar “los rasgos permanentes de la propia cultura con los que enfrentar el cosmopolitismo” (p. 165), iniciándose de este modo la formación de un movimiento para la construcción de la tradición patria. Dicho razonamiento lleva a la autora a considerar las respuestas hechas por un grupo de dirigentes quienes, a pesar de expresar posturas diversas, mantuvieron un núcleo consistente. Los temas discutidos involucraron tanto a las elites políticas como a otros interesados —grupo gobernante, instituciones, organizaciones, etc.—, manifestando diferentes tendencias políticas e ideológicas, lo cual demuestra que “coexistieron [...] en una convivencia conflictiva” (p. 166). A través de los debates pudo observar las distintas posturas y descubrir la gestación dentro de estos procesos de una serie de asociaciones nacidas con propósitos diversos —artísticos, literarios, deportivos, sociales, etc.— que asumieron un carácter cívico patriótico.

En el capítulo 6 la autora expone dos cuestiones: por un lado, la necesidad de buscar en el pasado los rasgos ya definidos y originales de la nación; por el otro, el desarrollo de la política de la confraternidad que trató de “[...] consolidar la unión interior y estrechar vínculos con los residentes extranjeros [...]” (p. 173). En el caso de la confraternidad con los españoles, primero hubo que modificar la imagen de la España enemiga. Una vez superada tal problemática, la solución para lograr un acercamiento se halló en la afirmación de la fraternidad a través de la comunidad de raza y de lengua. En el caso de los residentes italianos, las autoridades consideraron ‘sensato’ hacerles un reconocimiento público y simbólico por ser la colectividad más numerosa. Sin embargo, no se cumplió con lo prometido porque existía el miedo a una potencial disgregación, alimentado por el hecho de que el país albergaba grandes grupos de inmigrantes. Según la autora, el propósito perseguido con la política de la confraternidad fue contar con el apoyo de los extranjeros cuando un posible conflicto con Chile parecía viable.

En el capítulo 7 se estudia el creciente clima militarista presente en la década del noventa. Como en los otros tópicos, Bertoni aborda esto en relación con la construcción de la nacionalidad y la afirmación del país como una nación-potencia. Lo analiza en función del papel cumplido por los hombres “que pertenecían al mundo de la política, las letras y las artes, los negocios y las empresas, y que a la vez se vinculaban al Ejército, a clubes y a asociaciones deportivas [...]” (p. 216); motivo por el cual contribuyeron a afianzar una actitud patriótica y militarista, ideas coherentes con los valores morales y patrióticos deseados. Para la autora, la manera de plasmarlas en la práctica consistió en apelar a las escuelas comunes y a los niños en tanto “eran uno de los campos de acción más importante, porque la institución educativa era extensa y organizada y también por la capacidad de los niños para movilizar y conmover al conjunto de la sociedad” (p. 221). Gracias a una importante campaña propagandística pudieron llevarse a cabo todas esas ideas.

El último capítulo analiza cómo se confeccionó la historia nacional, considerada por la autora “[...] un aspecto ineludible de la construcción de una nación” (p. 255). Pasa revista a quienes se comprometieron a construir la historia patria, reconoce que en la construcción de la memoria hubo una activa participación ciudadana y pone en evidencia el debate generado en torno de qué héroes debían formar parte del panteón nacional. Asimismo, tiene en cuenta los diversos proyectos que existieron para construir monumentos y estatuas, poniendo de manifiesto “las disidencias políticas

e ideológicas entre los grupos empeñados en el armado de la tradición patria” (p. 296), permitiéndole reconocer las disputas existentes entre quienes deseaban organizar las tradiciones históricas que definen a toda nación.

La conclusión a la que arriba Bertoni es que la preocupación por la formación de la nacionalidad “nació para solucionar la vulnerabilidad de la Argentina: un país aún no plenamente formado, cuya sociedad recibía una afluencia inmigratoria creciente y estaba en plena transformación” (p. 120). A través del análisis de este proceso pudo comprobar que aquello se hizo no solo para aglutinar a la sociedad en su conjunto, sino también fue necesario para afirmar la soberanía nacional como defensa ante cualquier intento del exterior de dar forma a ‘otra nacionalidad’. Finalmente, supo establecer cada uno de los elementos que se pusieron en práctica para conservar la nacionalidad.

El libro de Lilia Ana Bertoni nos brinda una imagen completa sobre las dos últimas décadas del siglo XIX a partir del análisis de uno de los procesos históricos más complejos que han caracterizado a la historia argentina. Apoyado en un buen soporte documental, logra justificar por qué ya para entonces comienza a gestarse un movimiento en pro de la necesidad de construir los rasgos necesarios para la defensa de la nación y el fortalecimiento del sentimiento nacional. Durante el desarrollo de la obra aparecen una serie de documentos sobre los debates parlamentarios de la época, ricas en información. En las mismas se evidencia la gran ductilidad que muestra en el análisis de cada una de ellas. Su investigación es un trabajo realizado en función de lo que fue aconteciendo principalmente en la ciudad de Buenos Aires y en Capital Federal. El resto del país no recibe un tratamiento igual, aspecto que aún deja un vacío historiográfico. No obstante, gracias a una lectura clara y coherente, fruto de una exhaustiva y rigurosa investigación, ofrece al lector nuevas miradas en torno a un problemático campo del proceso histórico argentino.

María Eugenia Muñoz